

travalacion de dos leguas. No lejos de allí elevó un muro de diez piés de alto y de ocho de grueso, con tores y un fosado erizado de estacas. Cerró el Duero, que atravesaba Numencia con cables y maderos armados con puntas de hierro. Era la primera vez que se cercaba con líneas una ciudad que no se temía á combatir.

» Los Numantinos se vieron reducidos á un hambre espantosa. Había llegado el caso de comerse unos á otros. Los enfermos fueron las primeras víctimas; despues los mas fuertes principiaron á devorar á los débiles. Pero con un régimen tan atroz, el corazon y las fuerzas acabaron por faltarles. No habiendo podido obtener al menos perecer combatiendo, entregaron las armas y pidieron un plazo, alegando que querian darse la muerte. Scipion reservó cincuenta de ellos para el triunfo (1). »

(1) Michelet, *Historia romana*, II, pág. 122.

## CAPITULO VIII.

### *Historia interior de Roma desde las guerras de los Samnitas hasta los Gracos (1).*

Mientras que Roma tuvo que combatir con los pueblos del Lacio y de Italia, sus costumbres fueron sencillas y puras, su constitucion fuerte y poderosa. Las luchas de los plebeyos y patricios no turbaban ya el Foro con su tumulto, y la paz mas profunda reinaba en el interior de la ciudad. Escuchaban silenciosamente los partes de las victorias que los cónsules enviaban desde sus campamentos, y el pueblo y el senado solo tenian una voz para aplaudir á su triunfo. Pero cuando las grandes conquistas de España, de Africa y Grecia extendieron el círculo de la dominacion romana, todo cambió. Habiendo muerto en los campos de batalla todos los antiguos Romanos, reemplazó á aquellos hombres decididos y valerosos un populacho vil, compuesto exclusivamente de libertos que trajeron al seno de la ciudad esa bajeza de sentimientos que habian adquirido en la servidumbre. Desde entonces no se guardó al pueblo consideracion alguna. Una aristocracia opresora se puso al frente del poder, y muchas veces no reconocieron otras leyes que los caprichos arbitrarios de los nobles y ricos. Mientras que se realizaba esta evolucion, Roma victoriosa abrió su seno á las riquezas, costumbres y creencias de los vencidos. Perdió insensiblemente aquella simplicidad, templanza y desinterés que habian honrado á la mayor parte de sus grandes hombres. Los Griegos principalmente le arrebataron todas esas preciosas virtudes, para darle en cambio los vicios que á ellos les habian arruinado y destruido. Entonces principió para la república romana una nueva era, el tiempo de su decadencia.

#### § I. De la constitucion de Roma y de los cambios que experimentó durante este segundo período.

*Igualdad de los dos órdenes.* Cuando Roma comenzó sus grandes conquistas, los plebeyos dividieron con los patricios

AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Ademas de los autores antiguos y modernos indicados en los capitulos precedentes consúltense aun: Mably, *Observaciones acerca de los Romanos*; Amedeo Thierry, *Historia de la Gália bajo la administracion romana*, Introduccion; Sigonio, *De antiquo jure provinciarum* en *Gravii Thes.*, etc.



todas las dignidades del Estado. En 355 obtuvieron la dictadura, cinco años después la censura (350) y durante las guerras contra los Samnitas llegaron sucesivamente á la pretura (337), al proconsulado (324) y al sacerdocio (302). Este privilegio pasó también á los plebeyos; porque al mismo tiempo que participaban con los patricios de las grandes magistraturas, poseían además el tribunado y la edilidad plebeya. El poder tribunicio era inmenso, puesto que los magistrados que estaban revestidos de él podían detener por su *veto* los decretos del senado, anular los actos de los cónsules, hacer retirar una ley propuesta, y pedir cuenta de su administración á todo funcionario que había cesado en su destino. Estas ventajas compensaban á los plebeyos de la inferioridad moral que estaba unida naturalmente á su condición, de modo que reinaba entre ellos y los patricios la igualdad más perfecta. Nada fue más útil al Estado; porque cuando las clases cesaron de ser distintas, y se confundieron en cierta manera los rangos, las primeras dignidades fueron reservadas ordinariamente al mérito, y acaso no fue una de las menores causas de la prosperidad de la república.

*Union de los dos órdenes. Equilibrio de todos los poderes.*  
Es preciso colocar los bellos tiempos de Roma en aquella época en que se había olvidado la aristocracia de la sangre, y en la que aun no se conocía la aristocracia de la fortuna. Su constitución representaba ese prudente equilibrio de los tres poderes, de la dignidad real, de la nobleza y del pueblo, que todos los grandes publicistas han considerado siempre como una de las condiciones esenciales de felicidad para las naciones.

Los cónsules que representaban la unidad del poder monárquico recibían los embajadores de las naciones, convocaban las asambleas, proponían las leyes y mandaban los ejércitos. Pero su autoridad era vigilada por los tribunos que podían obligarles á dar cuenta de su conducta; por el senado que tenía derecho de destituirles nombrando un dictador, ó prorogándoles en su mando dándoles el título de pro-cónsules; en fin, por el pueblo que anulaba ó ratificaba su

tratados, y que les imponía una multa ó les concedía el triunfo.

Los pueblos extranjeros consideraban á los senadores como verdaderos monarcas. Se les veía revestidos con la púrpura real, arreglar en sus graves asambleas todos los tratados de alianza y de paz con las demás naciones, designar á los cónsules sus provincias y mandos, fijar la suerte de los vencidos, autorizar todos los gastos y obras, vigilar sobre la religión y sus ceremonias, instituir los juegos solemnes, y presidir los sacrificios. Todas estas funciones augustas hacían su autoridad muy poderosa; pero estaba limitada por la de los tribunos, de los censores y del pueblo. Los tribunos les contenían por su *veto*, el pueblo por la omnipotencia legislativa de sus tribus y centurias, y los censores por el derecho que tenían de degradarles, cuando se habían deshonrado por una mala acción.

El pueblo era omnipotente en el *Foro*; pero sabía que en el orden judicial dependía necesariamente de los senadores que tenían asiento en los tribunales. En los campos, en donde le era necesario pasar el mejor tiempo de su juventud, estaba sometido á los caprichos de los cónsules. Había pues en su favor graves razones para hacer que respetase los otros dos poderes, la nobleza y el consulado. Por otra parte su indignidad le advertía que tenía necesidad del rico, y que le debía respeto y sumisión. Igualmente el rico sabía que tenía necesidad del pobre, y que sin su voto no podía llegar á los honores. Esta reciprocidad de necesidades, este cambio de servicios mútuos establecían una admirable armonía entre todas las partes de la sociedad. No había oprimidos ni opresores. Todos estaban contentos con su suerte, y esta satisfacción contribuyó sin duda muy eficazmente á alimentar y enardecer ese patriotismo exaltado que fue causa de que los Romanos hiciesen tantos prodigios.

*Destrucción de esta igualdad. Triunfo de la aristocracia.*  
Durante más de medio siglo (200-133), Roma gozó en paz de todos los beneficios de su dichosa organización. Entre los senadores y los tribunos del pueblo reinaba un acuerdo per-



fecto. Cada ciudadano profesaba el respeto mas sincero á la constitucion, á las leyes y á la religion del Estado. Mas en medio de esta calma aparente germinaba sin ruido ni conmovion una revolucion inmensa; el genio de la guerra, que ha sido siempre el genio de los Romanos, fue el motivo ó mas bien el instrumento de ella.

En Roma los ejércitos no se componian de mercenarios. Eran puramente nacionales, y desterraban de ellos al proletario, al liberto y al extranjero. La clase media era la que pagaba con su sangre todas las grandes conquistas con que la hemos visto enriquecer el dominio de la república. Todos los ciudadanos debian ejercerse en el manejo de las armas, y nadie podia ser promovido á los empleos civiles antes de haber hecho diez campañas. Sin duda alguna, estas medidas restablecieron mucho la fuerza y la dignidad de los ejércitos, y produjeron, segun lo observa Bossuet, la mejor milicia que jamás existió. Pero si contribuyeron maravillosamente á las victorias de los Romanos y á sus conquistas, alteraron profundamente la constitucion de la república.

El pueblo, mezclándose en todas las guerras y prodigando su sangre en todos los campos de batalla, habia de agotarse y corromperse. Desde el dia en que Anibal entró en Italia hasta el fin de la segunda guerra púnica, hubo constantemente mas de cuarenta mil Romanos sobre las armas. Estos desgraciados legionarios fueron despues enviados á España, Africa, Grecia y Macedonia, y cubrieron todos estos países con sus cadáveres. La mayor parte de la clase media fue sepultada en medio de todas aquellas victorias. Los que sobrevivieron á estos valientes solo conocian la vida de los campos. Un gran número permanecieron en las provincias conquistadas para satisfacer mas facilmente su avaricia. Aquellos que los cónsules trajeron á Roma desdeñaron el trabajo de manos, y formaron ese conjunto de indigentes que sostenia el Estado á sus expensas.

Los pequeños propietarios desaparecieron pues á medida que se debilitaba la clase media. De repente se vió que los ricos multiplicaban de todos modos sus usurpaciones, aumen-

taban considerablemente sus propiedades, y formaban así una oligarquía opresora que pesó sobre todos los demas ciudadanos. En lugar de tomar á su servicio hombres del pueblo y emplearles en cultivar sus vastos campos, preferian comprar esos miles de esclavos que puso la conquista en su poder. Paulo Emilio vendió ciento cincuenta mil de estos despues de su expedicion á Macedonia; Scipion, el destructor de Cartago, cincuenta y cinco mil, y Graco un número tan grande de Sardos que para manifestar el vil precio de una mercancía se decia: *Sardos para vender*. Los esclavos griegos fueron buscados con cuidado principalmente á causa de su talento. Se les confiaba el cuidado de las casas y muchas veces la educacion de los niños, ó bien se les colocaba en las *villas* para cultivar las tierras y apacentar los ganados. Tambien se les abandonaba el comercio y la industria como ocupaciones despreciables: esto es lo que nos explica la ociosidad á que el pueblo romano estaba destinado por necesidad.

Para llenar los vacios que diariamente hacia la guerra en las filas de esta plebe que solo habia conservado el estado de las armas, era preciso manumitir á los esclavos. Los señores concedian este beneficio á los que habian sabido ganar su afecto, y en breve el pueblo romano no tuvo mas que *libertos*. Fácil es conocer cuánto se alteraron las costumbres por esa mezcla impura de hombres de diferentes naciones que se resintieron siempre de su bajo origen. Ya no tuvieron la decision, la templanza ni el valor que habian ilustrado á los antiguos Romanos. Eran otros tantos *advenedizos* que no pensaban sino en gozar de su fortuna. Tímidos delante de los grandes que les habian gratificado con el título de ciudadanos, se dejaban oprimir sin quejarse, temiendo incesantemente que les recordasen su condicion primitiva. Scipion Emilio lo hizo un dia, cuando le interrumpian en pleno foro los clamores de aquella multitud sediciosa: *Silencio, falsos hijos de la Italia*, les dijo, *los que he traído amarrados á Roma no me causarán miedo, aunque ahora están desatados*.

*Lucha del espíritu antiguo contra el espíritu nuevo. Caton y los Scipiones.* Tal es una de las grandes causas de la deca-



dencia de la república. El verdadero pueblo romano murió en los campos de batalla, le ha sustituido un conjunto de libertos que jamás tendrá su valor y sus virtudes. Los que mandan actualmente son aquellos que la guerra ha enriquecido y glorificado la victoria. Así es que los Scipiones, envaneidos con sus hazañas, son otros tantos reyes absolutos. Esta nueva nobleza no tiene ya el carácter del antiguo senado. Es mucho más altiva, mucho más desdenosa, por lo mismo que es más oligárgica. Ocho ó nueve familias se dividen entre sí todos los primeros cargos que consideran como su patrimonio. El pueblo no se compone ya sino de libertos, ó como decían, de *hombres nuevos* que no pueden tener la energía y la fuerza de los antiguos plebeyos.

Sin embargo no dejarán de hacer oír sus quejas, y se encontrarán hombres bastante atrevidos para ponerse á su cabeza é intentar romper el yugo imperioso de la nobleza. Catón, el inflexible Catón, comenzó esta gran lucha. Era un hombre nuevo como los que defendía; pero tenía el patriotismo, el valor y la austeridad de los antiguos Romanos. Atacó á los Scipiones, como hemos visto (1), y continuó sus ataques hasta que humilló su orgullo. Después de él han de aparecer en la escena los Gracos, y en seguida Mario y César que adoptarán ardientemente el mismo designio con objetos diferentes. La Italia, que se ha poblado de esclavos mientras que Roma se poblaba de libertos, tomará parte en esta lucha, y el mundo entero se conmoverá. Tales son las grandes revoluciones y catástrofes que van á caracterizar el siguiente período.

#### § II. Acción de Roma en los países conquistados. De las colonias y de las provincias.

*De las colonias.* Cuando querían fundar en Roma una colonia, el pueblo reunido nombraba las familias que debían formar parte de ella. « Estas familias iban allí militarmente, con las

(1) Véase más arriba, página 176.

banderas desplegadas, bajo la dirección de tres comisarios llamados *triumvros*. Una vez allí, antes de comenzar ningún trabajo de establecimiento, los triumvros hacían cavar un foso redondo, en cuyo fondo depositaban frutas y un puñado de tierra traída del suelo romano; después, unciendo á un arado, cuya reja era de cobre, un toro y una novilla blancos, marcaban con un surco profundo el circuito de la ciudad futura; y los colonos seguían volviendo á echar en lo interior de la línea los terrones levantados por el arado. Un surco igual circunscribía el circuito total del territorio colonizado; otro servía de límite á las propiedades particulares. El toro y la novilla eran después sacrificados con gran pompa á las divinidades que la ciudad elegía por protectoras. Dos magistrados y un senado elegido entre los principales habitantes componían el gobierno de la colonia; sus leyes eran las leyes de Roma (1). Solo se mudaban los nombres. Sus cónsules se llamaban *duumvros*, los senadores *decuriones*, y los censores *duumvros quinquenales*.

Los colonos estaban sujetos al servicio militar y á las contribuciones. Las colonias griegas no tenían objeto político. Se establecían ordinariamente en las orillas del mar para hacer comercio, y no conservaban muchas veces relación alguna con la metrópoli. Las colonias romanas, por el contrario, estaban unidas estrechamente con la madre patria, y siempre se fundaban con el objeto de conservar y mantener las conquistas. Les mandaban velar sobre todos los pueblos que los rodeaban, reprimir todas las revoluciones, y con este objeto el senado cuidaba de proporcionar sus fuerzas á la naturaleza de los peligros. Eran otros tantos centinelas avanzados que tenían fija la vista sobre todos los movimientos y sobre todos los pasos de los vencidos.

Este sistema de colonización suponía el derecho de expropiación, y por consecuencia descansaba sobre ese principio bárbaro que la vida y las tierras de los vencidos pertenecen á los vencedores. Le aplicaron principalmente en las guer-

(1) Amedeo Thierry, *Historia de los Galos*, t. I, pag. 126.



ras contra los Samnitas. A medida que los ejércitos romanos conquistaban nuevos países por sus victorias, estaban seguros de cuanto habían conquistado por medio de colonias. Las multiplicaron principalmente en el norte de la Italia, porque los pueblos de este distrito eran más difíciles de conquistar que los de la Italia meridional. Cuando Anibal descendió de los Alpes, contaban ya cincuenta y tres, y fue necesario romper esta valla para inquietar á Roma en sus muros.

Con el fin de poner todas estas diferentes guarniciones en comunicacion y trasportar fácilmente las legiones á todos los puntos amenazados, construyeron grandes vías militares. Apio fue el primero que dió la idea de estos admirables trabajos, haciendo construir, mientras era censor, la bella vía Apia que iba de Roma á Capua al través de las lagunas Pontinas. Sus sucesores emplearon, á ejemplo suyo, todos los recursos del tesoro en estas grandes empresas. Roma se encontró pronto en relacion con todas las partes de la Italia. La vía Apia conducía á la Italia meridional, la vía Aurelia á Etruria, la vía Flaminia á Ombria, la vía Valeria hácia el centro de los Apeninos, y la vía Emilia á la Cisalpina.

*Estado político y civil de Italia.* Aunque la Italia se llenó de colonias, todos los pueblos que se encontraban en ella no gozaban por este motivo de los mismos privilegios. El título de ciudadano romano, que llevaba consigo tantas ventajas y privilegios, fue un medio de que se sirvió Roma para pagar los servicios de sus aliados, y excitar su celo y decision. Separó los privilegios y las inmunidades inherentes á este derecho, graduó con mucha habilidad sus concesiones, y estableció así en torno suyo una especie de jerarquía cuyos rangos estaban determinados por las relaciones más ó menos íntimas que las diferentes ciudades tenían con ella.

Así había villas que poseían en su plenitud los derechos de ciudad. Adoptaban el derecho civil y político de los Romanos, gozaban del derecho de sufragios en Roma, podían pretender todas las magistraturas, aceptaban en toda su

extension las leyes y la constitucion romanas, y renunciaban á sus antiguas instituciones y costumbres. Esto es lo que llamaban *municipios*.

Pero entre estos municipios había algunos que prefirieron más conservar sus usos y costumbres que adoptar la constitucion y leyes romanas. Estas ciudades gozaban de los derechos civiles en todo ó en parte, pero no de los políticos. Así es que participaban del beneficio de la ley romana, relativamente á las propiedades, á las personas, á los asuntos comerciales y á las prerogativas de familia. Bajo todos estos respectos, sus ciudadanos eran iguales á los ciudadanos romanos, sin que por este motivo tuviesen derecho de sufragios.

Estos municipios conservaban una autoridad absoluta sobre el culto y las ceremonias religiosas, sobre la policía interior, la eleccion de los magistrados, la construccion y conservacion de los edificios, la administracion de las rentas, la celebracion de las fiestas, en una palabra, sobre la gestion de todos los negocios locales. A pesar de la gran variedad de concesiones que les hizo el senado, se dividian en dos grandes clases: las que gozaban del *derecho de latinidad*, y las que estaban sometidas al *derecho itálico*.

Los pueblos que hacian parte de la antigua confederacion latina, conservaron generalmente sus leyes y sus propiedades, y no tuvieron otras cargas más que las contribuciones y el servicio militar. Pero era fácil obtener el derecho de ciudad. Les bastaba haber ejercido una magistratura anual en su país, trasferir su domicilio á Roma, dejando hijos al mismo tiempo en su ciudad, ó bien haber convencido de cohecho á un magistrado de la república. Estos privilegios constituian el *derecho de latinidad* (*jus Latii*), y más tarde se extendieron á pueblos é individuos extranjeros al *Lacio*.

Los pueblos de Italia estaban colocados en el orden jerárquico después de los del Lacio. También habían conservado después de la conquista sus leyes, gobierno y magistrados, estaban exentos además de todo tributo por las tierras y personas; pero no podían contraer alianza entre sí, y el senado se había



constituido juez de todas sus disputas. La ley civil les aseguraba la inviolabilidad de sus propiedades, mas no podian ser ciudadanos romanos antes de haber gozado del *derecho de latinidad*. Como se decia entonces, era preciso pasar por el Lacio para llegar á la ciudad. Este derecho particular fue llamado el *derecho itálico* (jus italicum), y á ejemplo del *derecho de latinidad* fue comunicado á muchas ciudades é individuos fuera de la Italia.

Pronto veremos que hubo grandes luchas entre Roma y las ciudades municipales que la rodean. La ciudad reina cerrará obstinadamente sus puertas á todos estos extranjeros. Rechazará con toda la energía de sus esfuerzos á los Latinos que quieran penetrar, desechará las atrevidas pretensiones de los Italianos que descontentos del último rango reclaman la igualdad. Pero al fin el derecho será mas fuerte aun que el privilegio, la democracia que la aristocracia; y como los plebeyos han triunfado en el precedente período de los patricios, así tambien en el periodo siguiente todos estos pueblos forzarán las barreras que el orgullo nobiliario del senado les opondrá, y casi todos los hombres libres desde el estrecho de Sicilia hasta el Rubicon serán proclamados iguales.

*De las provincias y de su organizacion.* Los países conquistados fuera de Italia no fueron ocupados por colonias, se les redujo á provincias. Despues de las grandes conquistas que precedieron al advenimiento de los Gracos, habia nueve provincias: la Sicilia, la Córcega y la Cerdeña, la Cisalpina, la Macedonia unida á la Tesalia, la Iliria y el Epiro, la Acaya que comprendia la Helada, el Peloponeso y las islas, el Asia, el Africa, la España ulterior y la España citerior. Cada una de estas provincias estaba gobernada por un pretor que reunia en su mano todos los poderes, y cuya autoridad era por consiguiente absoluta. Algunas veces conservaban á las provincias sus leyes, instituciones y magistrados, las mas las despojaban de ellos. El senado cuidaba principalmente de sembrar la division entre los grandes para prevenir toda coalicion. Por otra parte, aunque hubiesen prometido á un

país conservarle sus leyes, ó bien que se las hubieran quitado, poco importaba á los pretores codiciosos que allí enviaban como gobernadores. Se representaban estas provincias como su dominio, y las explotaban con toda la severidad de un conquistador brutal. Robaban todo lo que incitaba su avaricia, y se mostraban insensibles á las quejas y gemidos de sus victimas. Así es que cuadros hermosos, magníficas estatuas, oro y plata conservados con gran pena, todo era ocupado para adornar sus *villas* y aumentar su opulencia. Por este medio Roma vino á ser un pozo en el que se absorbieron todas las riquezas y maravillas de la tierra.

*De los publicanos.* Pero el gran azote para las provincias eran esos avaros *publicanos* que las arruinaban con sus exacciones inicuas. Para no crear un número demasiado grande de agentes, el senado no quiso encargarse de los detalles de la administracion rentística de las provincias. Los impuestos eran arrendados á pública subasta y abandonados á particulares por una cantidad determinada. Los que especularon en estas empresas recibieron el nombre de *publicanos*. Despues de haber entregado en el tesoro la suma convenida, marchaban á la provincia que les habia sido entregada, llevando con ellos una multitud de esclavos, y de ella sacaban todo lo que podian de oro, plata y comestibles. Muchas veces se ponian de acuerdo con el pretor, y partian con él los beneficios. Cuando habia sido concluida esta transaccion inicua, el pueblo arruinado y agotado no hacia oír sino vanas quejas. Ya no habia nadie para defenderle. El senado estaba demasiado lejos, y no era fácil formar causa á un magistrado tan poderoso como el que estaba á la cabeza de una provincia. Esto nos explica las monstruosas injusticias de los Apios, de los Verres y de tantos otros á quienes devoraba la sed de las riquezas.



§ III. Reaccion de los pueblos vencidos contra Roma. De la influencia griega y de la corrupcion de las costumbres.

*Influencia de la Grecia.* Si Roma trataba con dureza á los vencidos, estos se vengaron muy severamente, comunicándole todos los vicios y pasiones que los habian conducido á su ruina. La Grecia sobre todo subyugó á sus vencedores por la influencia de sus ideas y de su civilizacion. Lo que hubo de deplorable, es que esas ideas y civilizacion ya no tenian el brillo y vigor que han immortalizado la república de Atenas. Las generaciones heroicas y gloriosas de la Grecia habian muerto hacia largo tiempo en los campos de batalla; solo quedaba un pueblo degenerado una turba de retóricos, tales como se les ve en todas las épocas de decadencia. La poesia y la elocuencia se habian apagado bajo el soplo de los escoliadores de Alejandría, las creencias habian hecho lugar á un escepticismo alarmante, la filosofia habia descendido con Epicuro hasta el lodo del materialismo mas abyecto, en fin, las costumbres eran tan depravadas que el vicio tenia por todas partes templos y altares.

Tales eran los hombres que los Romanos eligieron por señores para sí y sus hijos. Los Scipiones, los Paulo Emilios y todos los nobles compraban esclavos griegos para recibir de ellos lecciones. Consideraban como un honor hablar el griego con gran pureza, consagraban todos sus instantes libres á este penoso ejercicio, y trataban con desden su lengua materna y á los escritores que se servian de ella. Se vestian á la moda de los Griegos, imitaban su suntuosidad y lujo en los festines, y reputaban grosero y bárbaro todo lo que no habia sido tomado de sus usos. La religion de los antiguos Romanos fue reemplazada por la mitologia de los Griegos. Todas las divinidades que habitaron en Atenas tuvieron derecho de ciudad en Roma, y se ha observado que esta innovacion en el culto y las ceremonias comenzó á esparcir la incredulidad en el pueblo.

*Del lujo y de la corrupcion de las costumbres.* A medida que todas estas nuevas ideas se introdujeron en Roma, se vieron acrecentar las riquezas de los Romanos. Todos los ejércitos victoriosos habian traído despues de sus conquistas un botin inmenso. Las camas de bronce, los tapices preciosos y los tisús escogidos del Oriente adornaron todos los palacios de los nobles. El oro y el marfil embellecieron sus villas, y por todas partes se complacieron en mostrar todas las obras maestras de los pintores y escultores que en otro tiempo habian hecho el orgullo de la Grecia. El mismo lujo reinó en los festines, y bien pronto se hizo un punto de honor superarle por la eleccion y la delicadeza de los manjares mas raros y exquisitos. Al mismo tiempo nació la pasion de los espectáculos. Se establecieron combates de gladiadores para distraer la ociosidad del pueblo, y multiplicaron los baños y los sitios de corrupcion para satisfacer las pasiones de todo. Era cosa concluida; con el antiguo pueblo romano muerto en el campo del honor se habian extinguido todas las virtudes. Estos falsos hijos de la Italia, degradados por su condicion primitiva, y rodeados de todas las seducciones de la fortuna, ni aun pensaron en resistirle. Se precipitaron con furor en el seno de todos esos goces voluptuosos, sin cuidar de su dignidad y sin respetar la decencia pública.

*De las Bacanales.* Desórdenes, sin ejemplo hasta entonces, estallaron en medio de todas esas escenas de corrupcion y desórden. En el año 484, los cónsules fueron instruidos de un acontecimiento que les hizo temblar de espanto y de horror. Les revelaron la existencia de un culto detestable que tenia por ritos el asesinato y la prostitucion, al que se llamaba las *Bacanales*. Se hacian iniciar en estos misterios infames cinco veces cada mes, y la perfeccion soberana de los iniciados consistia en creer que nada era ilícito. En estas asambleas nocturnas los hombres se fingian adivinos; las mujeres vestidas á la manera de las bacantes sumergian antorchas en el Tiber con símbolos misteriosos. Despues, en medio de orgías horribles, meditaban delaciones y envenenamientos, cometian los crímenes mas atroces, y si se sospe-



chaba de la discrecion de algunos iniciados, les arrojaban en abismos abiertos con este único objeto. El senado, alarmado, ordenó se hiciesen informaciones, y solo en la ciudad de Roma encontraron mas de siete mil culpables. Los cónsules prosiguieron sus informaciones en todas las ciudades, y por todas partes descubrieron infamias semejantes.

*Reforma de Caton.* Caton fue promovido á la censura cuando todos temblaban aun delante de estas maldades inauditas. Al juzgar por la reputacion de virtud que se le hizo, era en efecto el reformador que se necesitaba para curar todas las llagas que afligian á la república. Este hombre que tenia ojos azules y cabellos rubios, se consideraba como un modelo de sobriedad y de valor. A la edad de diez y siete años habia hecho sus primeras campañas, y en todos los combates habia llevado consigo sus armas, y solamente iba acompañado por un esclavo cargado de provisiones. No bebia mas que agua; tan solo pedia vinagre cuando tenia una sed ardiente, ó bien tomaba un poco de vino aguado si sentia que se debilitaban sus fuerzas. Su simplicidad contrastaba con los hábitos corrompidos y voluptuosos de todos los hombres de su siglo. Jamás llevó un vestido que le costara mas de cien dracmas; ni gastó mas que treinta ases (1) para comer. Amo duro y sin piedad, trataba á sus esclavos como bestias de carga, y les vendia cuando eran viejos, para no alimentar, segun decia, bocas inútiles.

Luego que este hombre nuevo llegó al poder, se esforzó en suprimir todos los abusos que reprobaba hacia largo tiempo con sus palabras y ejemplos. Al principio degradó á todos los senadores que se habian deshonrado con sus crímenes, y despues atacó el lujo inmoderado de los ricos, estableciendo una especie de impuesto sobre los adornos, los vestidos y los esclavos de las matronas opulentas. Suprimió igualmente todos los canales que disminuian el agua de las fuentes públicas para los patios y jardines de los particulares, hizo demoler todas las casas que sobresahan de las demas, y

(1) 2 francos, 60 céntimos poco mas ó menos.

puso un término á las dilapidaciones de los grandes, elevando lo mas posible las tasas de las quintas y rentas de la república que antes se les cedian al mas bajo precio.

*Impotencia de estas reformas.* Todas estas reformas eran otras tantas heridas hechas á la nobleza y á su orgullo. El pueblo se lo agradeció al austero censor, y le erigió una estatua con esta inscripcion: *Al honor de Caton, por haber reparado en su censura la república por medio de ordenanzas saludables, de establecimientos y sabias instituciones, que la alteracion de las costumbres habia puesto al borde de su ruina.* Pero; cuán incapaces eran todos estos pequeños medios para curar una llaga tan profunda como la que devoraba al Estado! Para paralizar el efecto de las malas doctrinas, era preciso combatirlas por medio de creencias fuertes, elevadas, sólidas, y Caton, como todos los hombres del paganismo, no poseia sino ideas vagas é inciertas. Atacó á los filósofos y retóricos, pero nada pudo contra el extravío de sus funestos principios. Sus austeridades probaban menos su desinterés que su orgullo; porque al mismo tiempo que se clamaba contra el lujo y las riquezas, no pudo librarse de que se le acusara de avaricia. Su templanza y economías no parecian mas que el fruto de su vil avaricia. Especulaba con los esclavos como si fuesen animales; y en los últimos años de su vida, viendo que la cultura de las tierras no era bastante lucrativa, la abandonó para entregarse á la usura que impuso como un precepto á su hijo. A la edad de ochenta años puso el colmo á todos sus escándalos casándose con la hija de uno de sus clientes. El reformador pues habia sido subyugado por los abusos que trató de reprimir, el médico habia contraído la enfermedad que queria curar. Sus esfuerzos contribuyeron á su vergüenza, y la república continuó caminando hácia su ruina.